

## Un *Príncipe* sin retórica

Francesco BAUSI\*  
 Università della Calabria  
 francesco.bausi@unical.it

### RESUMEN

Con el objetivo de combatir las interpretaciones arbitrarias que convierten a Maquiavelo en un “monumento” de la cultura occidental y al *Príncipe* en una obra cargada de una responsabilidad excesiva, el presente artículo nos devuelve al tiempo biográfico del autor. Se trata de analizar el preciso contexto (en primer lugar florentino) en el que Maquiavelo vivió y escribió *El Príncipe*, un opúsculo que hoy parece haber perdido su sentido histórico más auténtico. Además de esta inmersión biográfica, el artículo analiza cuestiones relativas a la composición, circulación, fortuna y contenido del *Príncipe*.

**PALABRAS CLAVE:** El Príncipe, *república*, *principado*, *Médicis*, *César Borgia*, *príncipe nuevo*, *virtù*.

### ABSTRACT

In order to combat arbitrary interpretations that make Machiavelli in a "monument" of Western culture and *The Prince* in a work full of excessive responsibility, this article brings us back to the author's biographical time. We analyze the specific context (Florentine in the first place) in which Machiavelli lived and wrote *The Prince*, a short treatise that today seems to have lost its most authentic historical sense. Besides this biographical immersion, the article discusses issues relating to the composition, flow, content and fortune of *The Prince*.

**KEYWORDS:** *The Prince*, *republic*, *principality*, *Medici*, *Cesare Borgia*, *new prince*, *virtù*.

El desafío es éste: ¿son hoy posibles, quinientos años después, un Maquiavelo y un *Príncipe* “sin retórica”? La retórica de la que hablo es la que, desde hace al menos 150 años, ha sepultado a Maquiavelo y a sus obras bajo el peso de la ideología político-nacionalista o filosófico-humanista; la retórica que lo ha convertido en un “monumento” de la cultura occidental, en un hombre universal que todo leyó y todo supo. Un sumo filósofo (no sólo de la política, sino también de la naturaleza y del hombre) y un refinado humanista; el inventor de la ciencia política moderna, capaz –según los distintos puntos de vista– de abrir el camino tanto a las democracias liberales como a la filosofía de la praxis y al materialismo histórico; en definitiva, un anticipador del pensamiento laico y libre. Me refiero a la retórica que siempre viste a Maquiavelo de paños reales y curiales y que, alejándolo de su tiempo y de su cultura, acaba destruyendo la individualidad histórica y lo transforma en un momento de la evolución del pensamiento, en una abstracción

---

\* Traducción de Blanca Llorca Morell. Agradezco a Rosa Rius Gatell su atenta lectura y sus sugerencias.

filosófica, en una etapa del camino humano hacia el necesario e inevitable progreso o en un simple “precursor” de los siglos posteriores y de sus “conquistas”.

Ésta ha sido la suerte que sobre todo le ha tocado a la más célebre y discutida de sus obras, *El Príncipe*. Una obra merecidamente célebre y discutida, por supuesto. Pero a lo largo del tiempo, se han querido convertir aquellos veintiséis breves capítulos o bien en un libro diabólico –origen y síntesis de todas las infamias– o, al contrario, en el acto de nacimiento de la modernidad antropológica, filosófica y política. De este modo, se ha atribuido a aquellas escasas páginas un peso y una responsabilidad excesiva, con el riesgo de perder, una vez más, su sentido histórico más auténtico. Según creo, éste es un destino análogo al de otra obra tan exigua como célebre compuesta menos de treinta años antes. Me refiero a la llamada *Oratio de hominis dignitate* de Giovanni Pico della Mirandola, víctima ilustre, ella también, de la “retórica” ideológica y actualizante de los siglos XIX y XX, que ha querido hacer de aquel escrito de ocasión el “manifiesto” de todo el Renacimiento e incluso del hombre moderno en su anhelo de autodeterminación, libertad y tolerancia.

Para ir tras un *Príncipe* sin retórica, el mejor camino es seguramente comenzar por sumergirlo en su tiempo y, en primer lugar, en el tiempo biográfico de su autor, es decir, en las circunstancias concretas en las que y por las que la obra fue concebida y compuesta. En muchas ocasiones se ha afirmado que si en 1512 Nicolás Maquiavelo no hubiese sido destituido de sus cargos en la cancillería a causa del retorno de los Medici al poder, no se habría convertido en uno de los máximos teóricos de la política. Esto no lo sabremos nunca y puede que ni siquiera sea verdad, pues desde los años de juventud y desde sus primeros escritos, el secretario florentino mostró un grandísimo interés y una destacada aptitud para reflexionar sobre el arte del estado y deducir reglas generales de la observación de los hechos históricos. Es cierto, sin embargo, que sin los dramáticos acontecimientos de 1512-1513 nunca habría escrito el *Príncipe* o no lo habría escrito del modo en que lo hizo. El *Príncipe*, este *Príncipe*, sólo lo podía escribir un hombre que había conocido la derrota, la humillación y la cárcel, un hombre constreñido a esa vida oscura y vil maravillosamente descrita en la célebre carta a Francesco Vettori del 10 de diciembre de 1513 en la que Maquiavelo anuncia a su amigo la redacción del opúsculo. Sólo un hombre que ya no tenía nada que perder y cuyas únicas bazas eran el conocimiento histórico y la experiencia política, podía componer un conciso opúsculo en que el antiguo representante de un régimen republicano delinea con crudo realismo las funciones y los

comportamientos del príncipe, evitando, como se lee en la dedicatoria, los «amplios períodos» y las «palabras ampulosas y solemnes» que normalmente abundaban en escritos de este género.

Una competencia verdadera, madurada durante los años de política interior y exterior que adquirió “sobre el terreno”, fue lo que en 1513 Maquiavelo puso sobre la mesa para convencer a los recelosos Medici de que se sirvieran de él. Escribir uno de los tratados comunes que idealizaban la figura del príncipe “virtuoso” y “justo” no le habría servido de nada pues, con sus precedentes, nadie lo habría tomado en serio; y, sobre todo, no habría sido capaz de hacerlo ya que estaba acostumbrado a abordar los problemas sin rodeos. Una costumbre que procedía de su carácter arisco y directo pero también de la larga práctica como canciller y enviado de la república al frente de delicadas misiones en las que era llamado a comprender rápidamente las situaciones, informar a sus superiores con precisión y, si era necesario, actuar con resolución. Además, Maquiavelo no era un cultísimo erudito, un brillante retórico o un docto filósofo académico ni, hasta el momento, se había medido nunca con la auténtica tratadística política. Antes de 1513, en las escasas ocasiones que le permitía su trabajo administrativo y diplomático, se había dedicado casi exclusivamente a la poesía: había escrito sonetos, una historia de Florencia desde 1494 hasta 1504 en tercetos dantescos, tal vez una comedia (*Maschere*) que no ha llegado hasta nosotros, algún canto carnavalesco, algún estrambote para acompañar con música y poco más. Por lo demás, se había limitado a elaborar informes de sus embajadas o breves escritos oficiales vinculados a sus obligaciones como secretario.

Para Maquiavelo no era algo nuevo tomar decisiones valientes y difíciles. Desde 1503, enemistándose con gran parte de la aristocracia florentina, había promovido la reconstitución de las milicias ciudadanas, obteniendo el apoyo del jefe de la república (el *gonfaloniere* perpetuo Piero Soderini) y de su hermano (el poderoso cardenal Francesco), quienes defendieron y ejecutaron el proyecto pese a las duras críticas de aquellos que lo consideraban un peligroso paso hacia el hundimiento de la república y la instauración de una tiranía. Pronto, Maquiavelo se convirtió en hombre de confianza de Soderini, hasta el punto de vincular a él su suerte. Basta recordar que cuando la república se derrumbó y los Medici volvieron a Florencia en septiembre de 1512, Maquiavelo fue el único de la cancillería que –junto con su colaborador, amigo y “compadre” Biagio Buonaccorsi– fue destituido. Maquiavelo se entregaba siempre por completo, sin cálculos ni cautelas (lo que

puede parecer extraño si atendemos al significado que después ha adquirido el término “maquiavelismo”) y así lo hizo también desde 1512 en adelante, pasando de ser republicano a convertirse en partidario de los Medici, pues ellos eran los únicos que podían contener el poder excesivo y el miope conservadurismo de la vieja nobleza florentina, la cual se había opuesto a Piero Soderini y había sido la responsable de su caída.

Sólo a partir de 1520, la familia dominante –recelosa durante mucho tiempo ante el ex secretario– lo rehabilitará, concediéndole misiones diplomáticas y políticas cada vez más significativas y otorgando destacados reconocimientos a su actividad literaria. En 1520, se representa en Roma la *Mandrágora* ante el papa León X (Giovanni de’ Medici, hijo de Lorenzo il Magnifico); y gracias al cardenal Giulio de’ Medici, se le confiere el encargo oficial de componer las *Historias florentinas*; en 1521, una de sus obras mayores, el diálogo militar el *Arte de la guerra*, llega a las prestigiosas (y mediceas) prensas florentinas de los Giunti gracias a la decisiva ayuda de Lorenzo Strozzi, quien jugó un importante papel a la hora de favorecer un nuevo acercamiento entre Nicolás y los Medici.

Pero su destino es paradójico: cuando en 1527 Florencia vuelve a constituirse como república (al ser expulsados nuevamente los Medici), el oscuro Francesco Tarugi es escogido para el cargo de canciller que desde 1498 hasta 1512 había ocupado Maquiavelo. Para los republicanos, Maquiavelo (que morirá pocos días después) es desde hace tiempo un mediceo porque a los Medici ha dedicado fielmente desde hace años su actividad política y literaria. Quienes habían sido sus amigos le dan la espalda: Luigi Alamanni, uno de los dos literatos a quienes Maquiavelo dedicó en 1520 la *Vida de Castruccio Castracani*, compone antes de 1528, y publica en 1532, una sátira en la que el *Príncipe* es duramente condenado como un libro inmoral, responsable de la política cruel de los gobernantes que han reducido Italia a la esclavitud. En los versos de Alamanni, Maquiavelo no aparece mencionado pero su perfil es claramente reconocible tras el autor de un libro (irónicamente calificado de *áureo y moral*) que enseña el engaño y el fraude y que enseña, en particular, a quien gobierna que las promesas deben cumplirse sólo hasta que sea útil, tal y como se lee en el capítulo XVIII del *Príncipe*. Alamanni detestaba a Maquiavelo porque estaba pagando con el exilio en Francia su propia militancia antimedicea. De hecho, había huido de Florencia por haber participado, en 1522, en una conjura contra el cardenal Giulio que probablemente Maquiavelo conocía pero de la que habría preferido

quedar al margen dados sus cada vez más estrechos vínculos con la familia Medici. Análoga fue la relación con Antonio Brucioli, otro literato que en la década de 1510 había frecuentado junto a Maquiavelo las doctas reuniones de los Orti Oricellari –un círculo humanista florentino tradicionalmente cercano a los Medici pero en el que, con el tiempo, se observaron fuertes inclinaciones antimedicéas en algunos de sus miembros. También Brucioli estuvo en el exilio, primero en Lyon y después en Venecia, donde compuso y publicó en 1526 los *Dialoghi della morale filosofia*. En algunos de estos diálogos existen pasajes claramente inspirados en las obras maquiavelianas (en el *Príncipe* y el *Arte de la guerra*), pero Nicolás no es citado ni aparece entre los interlocutores. En cambio figurará, aunque con un papel marginal, en la segunda edición (1537) publicada, no por casualidad, cuando Brucioli se había acercado al duque Cosimo I de' Medici. Por otra parte, ello no era de extrañar pues desde hacía tiempo, al menos desde la década de 1520, Maquiavelo era considerado a todos los efectos un mediceo. De hecho, entre 1531 y 1532 fue el segundo papa Medici, Clemente VII (Giulio de' Medici), quien promovió la publicación de sus obras mayores en Roma y Florencia, una Florencia ya definitivamente rendida a los Medici y claramente orientada hacia el principado.

No menos paradójico que el destino de Maquiavelo fue el del *Príncipe*. Escrito con la idea de demostrar a los Medici su competencia política con el objetivo de ser «empleado» aunque sólo fuera para «dar vueltas a una piedra» (como Maquiavelo escribe en la carta a Vettori del 10 de diciembre de 1513 antes citada), el libro pagó las consecuencias de su atrevimiento político y moral y muy pronto se reveló inservible. La idea originaria de Nicolás era enseñar el arte del estado –el verdadero, no el teórico y abstracto de los filósofos– a Giuliano de' Medici, un hombre apacible y culto, amante de las artes y de la poesía y que, tal vez por este motivo, era el único de la familia que en aquella época mantenía buena relación con Maquiavelo. Cuando a comienzos de 1513 el ex secretario fue arrestado, encarcelado y torturado, pues se sospechaba que estaba envuelto en una conjura antimedicéa, dedicó a Giuliano dos sonetos desde la cárcel en los que le rogaba que interviniera a su favor. Estos versos muestran cierta familiaridad y confianza entre los dos, familiaridad y confianza probablemente basadas en la común devoción que ambos sentían por la poesía, pues también Giuliano fue poeta, y nada despreciable.

Pero Giuliano no tenía ninguna experiencia política y carecía, en particular, del temperamento del hombre de armas y del príncipe. En 1513 parecía que de un momento a otro su hermano Giovanni (el papa León X) lo pondría al frente de un estado y lo convertiría en un “príncipe nuevo”, es decir, en uno de esos príncipes que –como escribe Maquiavelo en el capítulo VI del tratado– adquieren el estado con la fortuna y las armas de otros y, por tanto, con enorme facilidad; pero que después lo mantienen con grandes dificultades pues su poder carece de raíces y, para consolidarse y ser aceptado por los súbditos, necesita una acción política firme y valiente. Se trata, en definitiva, de estados creados con acuerdos diplomáticos y que, por este motivo, el príncipe debe construir de la nada, pieza a pieza, con gran habilidad y energía.

Determinación, valor, habilidad y energía eran rasgos que Giuliano no poseía y que debería adquirir con rapidez si quería ser, y sobre todo seguir siendo, príncipe. En 1513 muchos comparaban su situación con la de César Borgia, el duque Valentino, quien quince años atrás había recibido de parte de su padre (el papa Alejandro VI) un estado entre la Romaña y las Marcas, llegando a convertirse en poco tiempo en uno de los más potentes y temidos príncipes italianos. Algunas páginas del *Príncipe* parecen haber sido concebidas para permitir que Giuliano acabara transformándose en el Valentino. Por ejemplo, cuando se recomienda al príncipe hacerse temer antes que amar; no tener miedo de ser juzgado cruel en lugar de clemente, avaro en lugar de generoso; transgredir los pactos cuando dejen de ser convenientes para el estado; así como también dedicarse con gran empeño a la disciplina militar. Al ofrecer a Giuliano estos aprendizajes, Maquiavelo se postulaba implícitamente como ministro, secretario o canciller del “nuevo” estado al frente del cual –según la opinión común– pronto se pondría el hijo del Magnífico.

Concebido con este objetivo, el opúsculo tuvo que permanecer todavía en el cajón de su autor durante mucho tiempo, a la espera de que los diseños principescos del papa tomaran cuerpo. León X, conocedor de los límites de su hermano, no se decidía a darle un estado; sin embargo, en enero de 1515 parecía haber llegado el momento. Escribiendo como de costumbre a Francesco Vettori, Maquiavelo le informaba de haber tenido noticias ciertas respecto de un principado de Parma, Piacenza, Módena y Reggio que pronto le sería confiado a Giuliano. Acto seguido se entusiasmaba y volvía a proponer con fuerza el ejemplo de César Borgia:

Vuestro Paolo ha estado aquí con el Magnífico, y entre otras conversaciones que hemos tenido sobre sus expectativas, me ha dicho que su Señoría le ha prometido hacerlo gobernador de uno de los territorios que estarán a partir de ahora bajo su mando. Y habiendo yo sabido (no por Paolo, sino por un rumor generalizado) que Giuliano va a convertirse en señor de Parma, Piacenza, Módena y Reggio, estimo que se trata de un dominio bueno y potente, y que podrá mantenerlo si lo gobierna bien desde el principio. Y para gobernar bien es necesario conocer la índole del sujeto. Estos estados nuevos, adquiridos por un señor nuevo, se conservan con innumerables dificultades. Y si ya es difícil conservar los estados que están habituados a conformar un cuerpo unitario, como, por ejemplo, el Ducado de Ferrara, muchas más dificultades hay en mantener los que se han constituido recientemente con elementos diversos, como es el caso de éste de Giuliano; porque una parte de él pertenece a Milán, otra a Ferrara. Por tanto, quien se convierte en príncipe de ellos, debe intentar reducirlos a un solo cuerpo, y debe acostumbrarlos a que reconozcan a un solo señor lo antes posible. Lo que se puede hacer de dos maneras: o estableciéndose allí personalmente, o imponiendo un lugarteniente que se ponga al mando de todos; de modo que los súbditos, aunque sean de tierras diversas y tengan diversas opiniones, empiecen a tener como referencia a uno solo y lo reconozcan como su señor. Por ello, si su Señoría se quiere quedar por ahora en Roma, pero pone al mando a alguien que conozca bien la índole de aquéllos y las condiciones del lugar, colocaría un buen cimiento para su nuevo estado. Pero si pone a un gobernador en cada tierra, y su señoría no se establece allí, su estado estará siempre desunido, y no se reconocerá su autoridad ni se le profesará reverencia o temor. El duque Valentino, cuyas acciones yo imitaría siempre en caso de ser un príncipe nuevo, conociendo esta dificultad, hizo a don Ramiro gobernador de la Romaña; una decisión que permitió que aquellos pueblos se mantuvieran unidos, temerosos de su autoridad, partidarios de su poder y confiados en él. Y todo lo que lo estimaban, que era mucho, considerando la novedad de su principado, procedía de esta decisión. Yo creo que sería fácil persuadir a Giuliano de esta opinión, porque es verdadera; y si fuese vuestro Paolo el elegido, dispondría de un cargo que le procuraría el reconocimiento no sólo del Magnífico, sino de toda Italia. Y a la vez que beneficiase y honrase a su Señoría, obtendría reputación para él mismo, para vos y para vuestra casa. Yo hablé de esto con él; le gustó la idea e intentará llevarla a cabo. Me parecía bien escribiros a vos, para que conozcáis nuestras conversaciones y podáis, cuando conviniese, allanar el camino para este asunto<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> N. MAQUIAVELO, *Epistolario Privado*, edición y traducción de Juan Manuel Forte, Madrid, La esfera de

Parece que estemos leyendo el *Príncipe*, en particular el capítulo VII dedicado casi por entero a la epopeya del Valentino. No resulta difícil imaginar que precisamente entonces, en enero de 1515, Maquiavelo retomara el opúsculo y lo modificara, pues en él había depositado y continuaba depositando muchas esperanzas. Pero pocos días después, llegó desde Roma el veto del cardenal Giulio de' Medici que impedía a Giuliano servirse de Nicolás. Recordemos que, por lo que respecta a Giuliano, éste no obtendría nunca aquel estado, ya fuera porque pronto cayó enfermo, ya fuera porque León X evitó procurarle un principado y lo mantuvo a su lado en Roma.

En este contexto, quedaba muy poco espacio para el tratado porque la situación en Florencia –donde los Medici no disponían de un poder absoluto– exigía la máxima prudencia y no podía afrontarse aplicando los comportamientos faltos de escrúpulos sugeridos en el opúsculo. Parecía que algo podía cambiar cuando, entre 1515 y 1516, Lorenzo de' Medici il Giovane, sobrino del pontífice y de Giuliano, concentró en sus manos una cada vez más poderosa autoridad política y militar, al convertirse primero en capitán de las tropas florentinas y del ejército pontificio y después en duque de Urbino. Por este motivo, Maquiavelo decidió dedicarle el tratado llegando incluso a presentarlo como el redentor de Italia, como aquel que la liberaría de los extranjeros poniéndose al frente de un ejército nacional. Es cierto, sin embargo, que desde que Lorenzo quedó al mando de Florencia, Nicolás había tratado de aproximarse a él elogiándolo como óptimo príncipe de la ciudad en una carta a Vettori (probablemente del invierno de 1514). Pero entre los dos nunca hubo un entendimiento, por lo que no es de extrañar que la dedicatoria del *Príncipe* a él dirigida no tuviera ningún efecto para Maquiavelo. Es probable que el tratado ni siquiera le fuera entregado, pero, en todo caso, no le gustó. Una anécdota tardía cuenta que cuando Nicolás fue a presentarle el escrito, Lorenzo prestó más atención a una pareja de perros que le había sido entregada en ese mismo momento que al opúsculo. Puede que el episodio no sea más que una fantasía, pero contiene un fondo de verdad ya que resume eficazmente la escasa consideración que el joven Medici mostró siempre hacia el antiguo secretario y sus escritos.

El *Príncipe*, que hasta 1515 nadie o casi nadie había leído, empezó a circular aunque sólo en forma manuscrita. Para ello fue fundamental la ayuda prestada por su amigo

---

los libros, 2007, pp. 293-294.



Biagio Buonaccorsi, quien además de ser un hombre de letras y un historiador, desarrollaba por pasión y por profesión una intensa actividad como copista. Biagio copió varias veces el tratado y lo vendió o regaló a personajes florentinos vinculados de distinto modo a él y a Nicolás. Esta primera circulación del opúsculo se limitó a Florencia y fue bastante circunscrita, tal vez debido a la fría acogida que le brindó Lorenzo. No es casualidad que los pocos hombres que durante esos años dan muestras de conocer el *Príncipe*, y que lo citan directa o indirectamente en algunos de sus escritos de 1516-1517 sean todos amigos íntimos de Maquiavelo: Francesco Guicciardini, su sobrino Nicolás y Ludovico Alamanni. Cuando en 1519 Lorenzo murió prematuramente, el *Príncipe* perdió toda actualidad y aplicación política: al frente de la familia Medici se encontraban dos altos prelados (el papa León y el cardenal Giulio) que, evidentemente, no podían convertirse en “príncipes” de Florencia y que, por tanto, tenían mucho interés en mostrar moderación en el gobierno ciudadano, a la espera de que los sucesores más jóvenes de la familia – Ippolito y Alessandro, hijos respectivamente de Giuliano y de Lorenzo– consiguieran la mayoría de edad. En este contexto, la publicación de un libro como el *Príncipe*, dedicado a un representante de la casa Medici de manos de un hombre a su servicio, hubiera sido impensable y contraproducente. Es suficiente recordar que, en aquel período, Maquiavelo fue solicitado por el cardenal Giulio para dar un “parecer” sobre la reforma constitucional de Florencia, el *Discursus Florentinarum rerum*, escrito en el invierno de 1520-1521. Con firmeza, en este escrito Maquiavelo excluye para la ciudad una solución principesca a favor de un “gobierno mixto” con rasgos formalmente republicanos, que asegure la representación de todas las clases sociales y que permita a los Medici una supremacía sólo “indirecta” y “oculta”.

No debe sorprender que Maquiavelo tuviera que contentarse con ver publicadas, a comienzos de los años veinte, otras obras suyas políticamente menos audaces y “comprometedoras”: un diálogo “técnico” como el *Arte de la guerra* y una comedia como la *Mandrágora*. No vieron la luz los *Discursos*, tal vez por no estar aún terminados o, más probablemente, por tener como destinatario no sólo a Cosimo Rucellai sino también a Zanobi Buondelmonti, huido de Florencia en 1522 (y buscado) por su implicación en la ya mencionada conjura contra Giulio de’ Medici. A decir verdad, en 1523 el *Príncipe* llega de algún modo a las prensas, en Nápoles, si bien de una manera anómala, parcial e insólita: amplias secciones del opúsculo son retomadas y “plagiadas” (pese a que el

término sea impropio para la época) por el filósofo aristotélico Agostino Nifo en el interior de su tratado, escrito en latín y dedicado a Carlos V, *De regnandi peritia*, que propone la tradicional imagen “idealizada” del gobernante. Nifo –que estaba bajo la protección de León X y que tal vez entró en posesión del *Príncipe* (con el consentimiento de Maquiavelo) a través de los círculos mediceos florentinos durante los años en que ocupó una cátedra en Pisa (1519-1522)– normaliza, atenúa o directamente elimina muchas de las partes más atrevidas del opúsculo maquiaveliano; y si de él extrae, en ocasiones, la descripción de algunos comportamientos tiránicos, afirma haberlo hecho sólo para que quien los lea aprenda a conocerlos y a evitarlos. Esta clave de lectura será recuperada en la dedicatoria de la segunda publicación del *Príncipe* (Florencia, 1532) donde por primera vez encontramos formulada aquella interpretación “oblicua” del tratado que tanta fortuna tuvo en los siglos posteriores. Según esta interpretación, Maquiavelo no quiso instruir a los tiranos sino, al contrario, revelar a los pueblos los crueles instrumentos de su poder. Éste será el precio que el *Príncipe* tendrá que pagar durante largo tiempo para poder ser publicado y leído en la Europa moderna.

En aquellos años el opúsculo empieza a difundirse más ampliamente, de manera manuscrita, en Florencia y también fuera: Biagio Buonaccorsi entrega en 1520 una copia a Francesco Gaddi, un poderoso eclesiástico florentino, protector de literatos y colaborador de editores, muy cercano a los Medici y que en 1531-1532 desempeñaría un destacado papel en la publicación de las obras de Nicolás en Florencia y Roma. Entre 1520 y la muerte de Nicolás, se encuentran copias manuscritas del *Príncipe* en Roma, Siena e Italia septentrional, como resultado de una calculada estrategia de difusión organizada, al menos en parte, por los influyentes amigos de los Orti Oricellari (Lorenzo Strozzi *in primis*). Éstos se esforzaron por rehabilitar a Nicolás –primero ante León X y después ante Clemente VII– tratando de conseguirle encargos diplomáticos, políticos y literarios (como la comisión para escribir las *Historias florentinas*) y favoreciendo la publicación y la circulación de sus escritos. Gracias a esta hábil maniobra, la *Mandrágora* y el *Arte de la guerra*, como hemos dicho, llegaron a la imprenta entre 1520 y 1521, pero las demás obras mayores todavía tuvieron que esperar. Sólo después del fallecimiento de Maquiavelo y cuando la ciudad de Florencia (finalizada en 1530 la breve aventura de la última república) ya estaba encaminada hacia un auténtico principado, los *Discursos*, el *Príncipe* y las *Historias* se publicarán en Roma y Florencia entre 1531 y 1532, estableciéndose entonces la

definitiva imagen de un Maquiavelo íntegramente “mediceo”. Esta imagen fue responsable de la hostilidad que mostraron de manera abierta hacia Maquiavelo, antes y sobre todo después de su muerte, muchos de sus antiguos amigos republicanos constreñidos al exilio como Luigi Alamanni, Antonio Brucioli y Giovan Battista Busini.

Nicolás Maquiavelo fue, por tanto, un hombre de paradojas que no dudó en defender sus ideas, en particular las más “incómodas”, hasta el punto de que su amigo Francesco Guicciardini lo definió como ingenio «extravagante», ajeno a las opiniones comunes e «inventor de cosas nuevas e insólitas». También la paradoja es el procedimiento lógico en que se basan los capítulos más “revolucionarios” del *Príncipe* o, más exactamente, es la forma externa que adquiere el discurso allí elaborado. En estos capítulos (XV-XVIII) Maquiavelo rompe de modo decidido con la tradición medieval y humanista de los *specula principis*, es decir, de los tratados en los que se proponía una imagen idealizada del gobernante como un hombre que tenía que proveerse de las mejores cualidades éticas y religiosas. Maquiavelo, en cambio, introduce un punto de vista “realista” ya que observa la realidad tal y como es en lugar de como debería ser. Según afirma, para el príncipe son necesarias únicamente las virtudes útiles para conducir bien el estado, mientras que las otras son inútiles e incluso nocivas si se ejercen sin tener en cuenta las situaciones políticas concretas. Además, en algunos casos es suficiente con simular que se poseen determinadas virtudes porque la mayoría de los hombres no va más allá de las apariencias y juzga sólo lo que ve; a su vez, la disimulación es un arma de gran eficacia tanto en la guerra como en la paz. Sin embargo, no se trata, como tantas veces se ha dicho, de una separación entre la política y la moral: para Maquiavelo, la acción política es profundamente “moral” si asegura el bien del estado y garantiza la seguridad y la prosperidad a los súbditos y ciudadanos. Diría, más bien, que en Maquiavelo asistimos a una separación entre la moral “privada” del príncipe y del gobernante (que le concierne únicamente a él y a su alma y que no resulta de interés ni para la política ni para quien escribe sobre política) y su moral “pública” (esto es, el conjunto de aquellas “virtudes” que, por el contrario, tienen consecuencias concretas sobre la acción y la fortuna de un hombre de estado). Conviene precisar que esta mirada “realista” de la política no es una invención de Maquiavelo: había sido adoptada por muchos autores desde la antigüedad, pero antes del *Príncipe* la encontramos casi exclusivamente en las obras de los llamados “moralistas” (por ejemplo, en el Humanismo florentino del *Quattrocento*, en autores como

Poggio Bracciolini y Leon Battista Alberti) o en escritos que no estaban destinados a la circulación (cartas, diarios, despachos diplomáticos o en textos “privados” como el *Viaje a Alemania* de Francesco Vettori). Pondré sólo un ejemplo. El 2 de marzo de 1471, Gentile Becchi –estrecho colaborador de Lorenzo de’ Medici y futuro obispo de Arezzo– escribía a Lorenzo señalando que en política la *bondad* no consiste en «decir *padrenuestros*» sino en la *virtud*, y que la virtud es *acción* pues al político le resulta útil «no simple bondad, como en el monasterio, sino bondad viril, que conozca el mal». Maquiavelo es el primero que aplica un punto de vista parecido a la tratadística política, lo que comprensiblemente provocó incomodidad y escándalo, hasta el punto de dar origen –muy pronto, cuando Maquiavelo todavía vivía– al antimachiavelismo.

Así deben interpretarse también los célebres capítulos XVI-XVII del *Príncipe*. César Borgia era considerado cruel, pero con su crueldad (que se limitó, según Maquiavelo, a las «ejecuciones» de unos pocos individuos) unió y pacificó la Romaña. Bien mirado, César fue mucho más clemente que la república florentina la cual, para escapar de la infamia de cruel, no intervino en la lucha entre las facciones de Pistoia, dejando que se propagaran las devastaciones, los asesinatos y la violencia. Por tanto, la crueldad del Valentino en realidad fue una virtud política y moral. Lo mismo puede decirse acerca de la liberalidad: en política, esta virtud suele tornarse contra ella misma, ya que el príncipe generoso consume todos sus recursos de manera que si quiere seguir siendo generoso se ve obligado a imponer a los súbditos impuestos muy altos. De esta manera acabará siendo odiado por el pueblo y pondrá en riesgo el estado. Es mejor, por tanto, que el príncipe se comporte como un avaro porque el simple hecho de no empobrecer a los súbditos con impuestos exagerados le conducirá, con el tiempo, a ser considerado liberal. Ésta es la “redefinición” maquiaveliana de la virtud política que presenta la forma de la paradoja: el cruel es el verdadero clemente y el avaro el auténtico generoso. Una lógica, en parte, fríamente “aritmética”: si matas a pocos hombres eres un estadista, si matas a muchos (como Agatocles, de quien se habla en el capítulo octavo del *Príncipe*) un criminal; si das a unos pocos te conviertes en tirano del pueblo, si no robas al pueblo serás recordado como su benefactor, aun sin haberle regalado nunca un céntimo.

En síntesis, Maquiavelo se propone reexaminar las nociones éticas tradicionales (pero repito, sólo en la esfera política, no en la privada) a través de una revisión radical de los términos con que suelen designarse. Al final de su análisis, en un movimiento

intencionadamente “escandaloso” y provocativo, celebrando haber puesto del revés la opinión común, Maquiavelo atribuye a estos términos un significado opuesto al que hasta entonces tenía para la gran mayoría. Un procedimiento de tipo “socrático” no muy diferente del que, por ejemplo, Erasmo había adoptado en muchos de sus escritos, empezando por el *Elogio de la locura* donde, como es sabido, la locura es la verdadera sabiduría; quien no imita fielmente a Cicerón es el verdadero ciceroniano; y quien –como el cristiano– renuncia a los placeres materiales es el verdadero epicúreo.

Para Maquiavelo la noción de “virtù” comprende un conjunto de “competencias” y de comportamientos considerados eficaces a la hora de garantizar la vida y el bien del estado. Esta noción abarca tanto el valor militar como la habilidad política, tanto la prudencia como la astucia y, en ocasiones, puede extenderse también a comportamientos o cualidades a menudo considerados negativos (engaño, crueldad, avaricia, disimulación), si estos comportamientos y cualidades se revelan útiles o necesarios para la salvación de un reino o de una república. Pero como decía, esta “virtù” es por ella misma intrínsecamente “moral” porque permite al príncipe gobernar de la mejor manera y defender el interés general; un interés que, al contrario, podría verse amenazado con acciones que en abstracto y en apariencia parecen “buenas” pero que en realidad resultan peligrosas para el estado y para los ciudadanos. Por tanto, en los términos de la paradoja, para Maquiavelo algunas veces el vicio es la verdadera virtud y la virtud el verdadero vicio. Incluso podríamos hablar de “relativismo”, pero no en el sentido actual del término, sino más bien en referencia al diferente valor que estos términos y conceptos adoptan según los distintos puntos de vista, es decir, según la esfera (política o privada) en la que nos movamos.

Sin embargo, es probable que a nosotros, hombres del siglo XXI, estos aspectos del “realismo” maquiaveliano no nos resulten los más interesantes. Destacaría, más bien, su insistencia en separar la moral privada del gobernante de su competencia y honestidad política. En los capítulos XV y XIX del *Príncipe* leemos que quien posee el poder debe procurar no incurrir en aquellos vicios que pueden reportarle el odio y el desprecio de los súbditos, pues esto le haría correr el riesgo de perder el estado; pero, por lo que respecta a los demás vicios, si no consigue abstenerse de ellos, puede abandonarse sin demasiadas vacilaciones porque son vicios que no tienen consecuencias políticas negativas. Una visión verdaderamente realista y “laica”, muy diferente de las utopías que gozaban de gran

fortuna en su época (para citar sólo dos nombres, recordemos a Tomás Moro y a Erasmo) y que eran reconducibles al ideal platónico del filósofo-rey o del rey aconsejado por filósofos. De hecho, Maquiavelo no se proponía cambiar a los hombres porque teniendo de ellos una opinión pesimista, no lo consideraba posible. Su objetivo, más modesto pero más realista y más honesto, era enseñar la mejor manera de gobernarlos, limitando las injusticias y los abusos de los fuertes sobre los débiles y evitando la proliferación de las divisiones internas que pueden destruir un estado. Su antropología negativa, que tantas críticas le ha valido a lo largo de los siglos, en realidad me parece la mejor dote para un político. Como ha escrito Wislawa Szymborska (con una paradoja que habría gustado a Maquiavelo), el amor por la humanidad es muy peligroso porque conduce a querer que los hombres sean felices a la fuerza.

Verdaderamente “realista” fue Nicolás Maquiavelo también en sus elecciones políticas personales como lo demuestra su disposición a cambiar de opiniones y de posturas a lo largo de los años. Pasó de ser un tenaz republicano a ser un partidario de Piero Soderini, se convirtió después en defensor de un poder mediceo –primero “constitucional” (o “civil”, según lo define) y luego a todos los efectos principesco–, hasta concluir su parábola como teórico de un estado “mixto” en el que convivieran elementos democráticos, oligárquicos y monárquicos. Considerado durante mucho tiempo como representante de una visión rígidamente republicana y de una férrea aproximación filosófico-teórica a la política y, por este motivo, contrapuesto a un Guicciardini dominado en cambio por el interés hacia lo empírico “particular”, Maquiavelo en realidad es ejemplo –útil y actual también hoy– de un enfoque anti-ideológico que sabe adecuar de modo realista el propio punto de vista, y las soluciones propuestas en cada ocasión al cambio de los tiempos y de las circunstancias, aun a riesgo de resultar, de tal modo, incómodo a los viejos amigos y sospechoso a los nuevos.